

barrigas de mujeres, que me han costado mucho, y veréis si digo más, ladrones viejos. Pues si yo viera vuestras maldades, vuestras tiranías, vuestras insolencias, vuestros robos: ¿no dijera más? Dijera más y más, y dijera tanto, que enmendárades el refrán, diciendo: Más dijera Mateo Pico. Aquí estoy, y digo más; y avisad de esto á los habladores de allá, que yo apelo de este refrán con los mil y quinientos.

Quedé confuso de mi inadvertencia y desdicha en topar con el mismo Mateo Pico. Era hombrecillo menudo, todo chillido, que parecía que se rezumaba de palabras por todas sus conjunturas; zambo de ojos, bizco de piernas, y me parece que le he visto mil veces en diferentes partes.

Quitóse de delante y descubrióse una grandísima redoma de vidrio. Dijéronme que llegase, y vi jigote que se bullía con un ardor terrible y andaba danzando por el garrafón, y poco á poco se fueron juntando unos pedazos de carne y unas tajadas, y de estas se fué componiendo un brazo, un muslo y una pierna, y al fin se coció y enderezó un hombre entero. De todo lo que había visto y pasado me olvidé; y esta visión me dejó tan fuera de mí, que no me diferenciaba de los muertos:

—¡Jesús mil veces!—dije—¿qué hombre es este, nacido en guisado, hijo de una redoma?

En esto, oí una voz que salía de la vasija, y dijo:

—¿Qué año es este?

—De seiscientos y veintidos,—respondí.

—Este año esperaba yo.

—¿Quién eres,—dije,—que parido de una redoma, hablas y vives?

—¿No me conoces?—dijo—¿La redoma y las tajadas no te advierten que soy aquel famoso nigromántico de Europa? ¿No has oído decir que me hice tajadas dentro de una redoma, para ser inmortal?

—Toda mi vida lo he oído decir,—respondí;—mas túvelo por conversación de la cuna y cuento de entre dijes y

babador. ¿Qué, tú eres? Yo confieso que lo más que llegué á sospechar fué que eras algún alquimista que penabas en esa redoma, ó algún boticario; todos mis temores doy por bien empleados, por haberte visto.

—Sábetete,—dijo,—que mi nombre no fué del título que me da la ignorancia, aunque tuve muchos; sólo te digo que estudié y escribí muchos libros, y los míos quemaron no sin dolor de los doctos.

—Si me acuerdo,—dije yo:—oído he decir que estás enterrado; mas hoy me he desengañado.

—Ya que has venido aquí,—dijo,—desatapa esa redoma.

Yo empecé á hacer fuerza y á desmoronar tierra, con que estaba enlodado el vidrio de que era hecha, y díjome:

—Espera, dime primero: ¿Hay mucho dinero en España? ¿En qué opinión está el dinero? ¿Qué fuerza alcanza? ¿Qué crédito? ¿Qué valor?

Respondíle:

—No han descaecido las flotas de las Indias, aunque los extranjeros han echado unas sanguijuelas desde España al cerro del Potosí, con que se van restañando las venas, y á chupones se empezaron á secar las minas.

—¿Ginoveses andan á la sacapela con el dinero?—dijo él;—vuélvome jigote. Hijo mío, los ginoveses son los lamparones del dinero, enfermedad que procede de tratar con gatos. Y vese que son lamparones, porque sólo el dinero que va á Francia, no admite ginoveses en su comercio. ¿Salir tenía yo, andando esos usajes de bolsas por las calles? No digo yo hecho jigote en una redoma, sino hecho polvos en salvadera quiero estar, antes que verlos hechos dueños de todo.

—Señor nigromántico,—repliqué yo,—aunque esto es así, han dado en adolecer de caballeros en teniendo caudal, úntanse de señores, enferman de príncipes, y con los gastos y empréstitos se apolilla la mercancía, y se viene todo á repartir en deudas y locuras; y ordena el demonio

que las mozas vendan las rentas reales de ellos, porque los engañan, los enferman, los enamoran, los roban, y después los hereda el Consejo de Hacienda. La verdad adelgaza y no quiebra. En esto se conoce que los ginoveses no son verdad, porque adelgazan y quiebran.

— Animádome has,—dijo,—con eso. Dispondréme á salir de esta vasija, como primero me digas en qué estado está la honra en el mundo.

— Mucho hay que decir en esto—le respondí yo:—tocado has una tecla del diablo; todos tienen honra, todos son honrados, y todos lo hacen todo caso de honra. Hay honra en todos estados, y la honra se está cayendo de su estado, y parece que está ya siete estados debajo de tierra. Si hurtan, dicen que por conservar esta negra honra, y que quieren más hurtar, que pedir. Si piden, dicen que por conservar esta negra honra, y que es mejor pedir, que no hurtar. Si levantan un testimonio, si matan á uno, lo mismo dicen. Que un hombre honrado antes se ha de dejar morir entre dos paredes, que sujetarse á nadie, y todo lo hacen al revés. Y al fin, en el mundo todos han dado en la cuenta, y llaman honra á la comodidad; y con presumir de honrados y no serlo, se rien del mundo. Considérome yo á los hombres con unas honras títeres, que chillan, bu llen y saltan; que parecen honras, y mirado bien, son andrajos y palillos. ¿El no decir verdad será mérito? ¿El embuste y la trapaza caballería? ¿Y la insolencia donaire? Honrados eran los españoles cuando podían decir deshonestos y borrachos á los extranjeros; mas andan diciendo aquí malas lenguas que, ya en España, ni el vino se queja de mal bebido, ni los hombres mueren de sed. En mi tiempo, no sabía el vino por dónde subir á las cabezas, y ahora parece que se sube hacia arriba. Pues los maridos, porque tratamos de honras, considero yo que andarán hechos buhoneros de sus mujeres, alabando cada uno sus agujas. Hay maridos calzadores, que los meten para calzarse la mujer con más descanso y sacarlos fuera ellos. Hay mari-

dos linternas, muy compuestos, muy lucidos, muy bravos, que vistos de noche á obscuras parecen estrellas; y llegados cerca, son candelilla, cuerno y hierro, rata por cantidad. Otros maridos hay jeringas, que apartados atraen y llegándose apartan. Pues la cosa más digna de risa es la honra de las mujeres cuando piden su honra, que es pedir la que dan. Y si creemos á la gente y á los refranes, que dicen: Lo que arrastra, honra, la honra del marido son las culebras y las faldas.

— No estoy dos dedos de volverme jigote—dijo el nigromántico—para siempre jamás; no se qué me sospecho. Dime: ¿y letrados?

— Hay plaga de letrados,—dije yo;—no hay otra cosa sino letrados, porque unos lo son por oficio, otros lo son por presunción, otros por estudio, y de estos pocos; y otros (estos son los más) son letrados porque tratan con otros más ignorantes que ellos (en esta materia hablaré como apasionado); y todos se gradúan de doctores, bachilleres, licenciados y maestros, más por los mentecatos con quien tratan, que por las universidades; y valiera más á España langosta perpetua, que licenciados al quitar.

— Por ninguna cosa saldré de aquí—dijo el nigromántico.—¿Eso pasa? Ya los temía, y por las estrellas alcancé esa desventura; y por no ver los tiempos que han pasado embutidos de letrados, me avecindé en esta redoma, y por no los ver, me quedaré hecho pastel en bote.

Repliqué:

— En los tiempos pasados, que la justicia estaba más sana, tenía menos doctores, y hala sucedido lo que á los enfermos, que cuantas más juntas de doctores se hacen sobre él, más peligro muestra y peor le va, sana menos y gasta más. La justicia, por lo que tiene de verdad, andaba desnuda; ahora anda empapelada, como especias. Un Fuego-Juzgo con su maguer y su cuerno, y Conusco y Faciamus era todas las librerías; y aunque son voces antiguas suenan con mayor propiedad, pues llaman sayón al alguacil,

otras cosas semejantes. Ahora ha entrado una cáfila de Menochios, Surdos y Fabios, Farinacios y Cujacios, Consejos, Decisiones, Responsiones, Lecciones, y Meditaciones, y cada día salen autores, y cada uno con tres volúmenes: *Doctoris Putei*, 1, 6, vol. 1, 2, 3, 4, 5, hasta 15. *Licenciati Abbatis de Usuris*, *Petri Cusqui in Codigum*, *Rupis*, *Bruticarpin*, *Castanei*, *Montocanense de Adulterio et Patriicidio*, *Cornazano*, *Rocabruno*, etc. Los letrados todos tienen un cementerio por librería, y por ostentación andan diciendo: «Tengo tantos cuerpos;» y es cosa brava que las librerías de los letrados todas son cuerpos sin almas, quizá por imitar á sus amos. No hay cosa en que no nos dejen tener razón; sólo lo que no dejan tener á las partes es el dinero, que lo quieren para sí. Y los pleitos no son sobre sí lo que deben á uno se lo han de pagar á él, que eso no tiene necesidad de preguntas y respuestas; los pleitos son sobre que el dinero sea de los letrados y del procurador sin justicia, y la justicia sin dinero de las partes. ¿Queréis ver que tan malos son los letrados? Que si no hubiera letrados, no hubiera porfias; si no hubiera porfias, no hubiera pleitos; si no hubiera pleitos, no hubiera procuradores; si no hubiera procuradores, no hubiera enredos; si no hubiera enredos, no hubiera delitos; si no hubiera delitos, no hubiera alguaciles; si no hubiera alguaciles, no hubiera cárcel; si no hubiera cárcel, no hubiera jueces; si no hubiera jueces, no hubiera pasión, y si no hubiera pasión, no hubiera cohecho. Mirad la retahila de infernales sabandijas que se produce de un licenciadito, lo que disimula una barbaza y lo que autoriza una gorra. Llegaréis á pedir un parecer, y os dirán: «Negocio es de estudio; diga vuesa merced, que ya estoy al cabo; habla la ley en propios términos.» Toman un quintal de libros, dándole dos bofetadas hacia arriba y hacia abajo, y leen de priesa; remiéndanle una anexión, luégo dan un gran golpe con el libro patas arriba sobre una mesa, muy esparrancado de capítulos, y dicen: «En el propio caso habla el jurisconsulto. Vuesa merced me deje los papeles,

que me quiero poner bien en el hecho del negocio, y tén-galo por mas que bueno, y vuélvase por acá mañana en la noche, porque estoy escribiendo sobre la Tenuta de Trasbarrás; mas por servir á vuesa merced lo dejaré todo.» Y cuando al despediros le queréis pagar (que es para ellos la verdadera luz y entendimiento del negocio que han de resolver), dice, haciendo grandes cortesías y acompañamientos: «¡Jesús, señor!» Y entre Jesús y señor, alarga la mano, y para gastos de pareceres, se emboca un doblón.

— No he de salir de aquí—dijo el nigromántico—hasta que los pleitos se determinen á garrotazos; que en el tiempo que por falta de letrados se determinaban las causas á cuchilladas, decían que el palo era alcalde y de ahí vino: Júzguelo el alcalde de palo. Y si he de salir, ha de ser sólo á dar arbitrio á los reyes del mundo, que quien quisiere estar en paz y rico, que pague los letrados á su enemigo, para que lo embelequen, roben y consuman. Dime: ¿Hay todavía Venecia en el mundo?

— Sí la hay,—dije yo;—no hay otra cosa sino Venecia y venecianos.

— ¡Oh! doyla al diablo—dijo el nigromántico—por vengarme del mismo diablo, que no sé que pueda darla á nadie sino por hacerle mal. Es república esa, que mientras que no tuviere conciencia durará, porque si restituye lo ageno, no le queda nada. ¡Linda gente! la ciudad fundada en el agua, el tesoro y la libertad en el aire, la deshonestidad en el fuego, y al fin es gente de quien huyó la tierra, y son narices de las naciones, y el albañal de las monarquías, por donde purgan las inmundicias de la paz y de la guerra; y el turco los permite, por hacer mal á los cristianos; los cristianos, por hacer mal á los turcos; y ellos, por poder hacer mal á unos y á otros, no son moros, ni cristianos; y así dijo uno de ellos mismos, en una ocasión de guerra, para animar á los suyos contra los cristianos: «Ea, que antes fuisteis venecianos, que cristianos!» Dejemos eso, y dime:

—¿Hay muchos golosos de valimientos de los hombres del mundo?

— Enfermedad es—dije yo—esa, de que todos los reinos son hospitales.

Y él replicó:

— Antes casas de orates entendi yo; mas, según la relación que me haces, no me he de mover de aquí; mas quiero que tú les digas á esas bestias que en albarda tienen la vanidad y ambición, que los reyes y príncipes son azogue en todo. Lo primero, el azogue si le quieren apretar se va; así sucede á los que quieren tomarse con los reyes más mano de lo que es razón. El azogue no tiene quietud; así son los ánimos, por la continua mareta de negocios. Los que tratan y andan con el azogue, todos andan temblando; así han de hacer los que tratan con los reyes, temblar delante de ellos de respeto y temor, porque sino, es fuerza que tiemblen después, hasta que caigan. ¿Quién reina ahora en España? que es la postrera curiosidad que he de saber, que me quiero volver á jigote, que me hallo mejor.

— Murió Filipo III,—dije yo.

— Fué santo rey y de virtud incomparable —dijo el nigromántico,—según leí yo en las estrellas pronosticado.

— Reina Filipo IV días há,—dije yo.

—¿Eso pasa?—dijo—¿Qué ya ha dado el tercero cuarto para la hora que yo esperaba?

Y diciendo y haciendo, subió por la redoma y la trastornó y salió fuera. Iba corriendo y diciendo:

— Más justicia se ha de hacer ahora por un cuarto, que en otros tiempos por doce millones.

Yo quise partir tras él, cuando me asió del brazo un muerto, y dijo:

— Déjale ir, que nos tenía con cuidado á todos; y cuando vayas al otro mundo, dí que Agrages estuvo contigo, y que se queja que le levantéis: «Agora lo veredes.» Yo soy Agrages; mira bien que no he dicho tal, que á mí no se me da nada que ahora, ni nunca lo veáis; y siempre andáis dicien-

do: «Agora lo veredes, dijo Agrages». Sólo ahora, que á ti y al de la redoma os oí decir que reinaba Filipo IV, digo, que agora lo veredes. Y pues soy Agrages: «agora lo veredes, dijo Agrages.»

Fuése; y púsoseme delante, enfrente de mí, un hombrillo que parecía remate de cuchara, con pelo de limpia-dera; erizado, bermejizo y pecoso:

— Digote sastre,—dije yo.

Y él tan presto, dijo:

—¡ Os que no pica, pues no soy sino solicitador, y no pongáis nombres á nadie! Yo me llamo Arbalias á unos, y á otros, sin saber á quién lo decís.

Muy enojado á mí se llegó un hombre viejo, muy ponderado de testuz, de los que traen canas por vanidad, un gran haz de barbas, ojos á la sombra muy metidos, frentaza llena de surcos, ceño descontento, y vestido, en que juntando lo extraordinario con el desaliño, hacía misteriosa la pobreza.

— Más despacio te he menester que Arbalias,—me dijo:—siéntate.

Sentóse y sentéme, y como si le dispararan de un arcabuz, en figura de trasgo se apareció entre los dos otro hombrillo que parecía astilla de arbalia, y no hacía sino chillar y bullir. Díjole el viejo, con una voz muy honrada:

— Idos á enfadar á otra parte, que luégo vendréis.

— Yo también he de hablar—decía;—y no paraba.

— ¿Quién es este?—pregunté.

Dijo el viejo:

— ¿No has caído en quién puede ser? Este es Chisgaravis.

— Doscientos mil de estos andan por Madrid—dije yo;—no hay otra cosa, sino chisgaravises.

Replicó el viejo:

— Este anda aquí, cansando á los muertos y á los diablos; pero déjate de eso y vamos á lo que importa. Yo soy Pedro, no Pero Grullo, que quitándome una d en el nombre, me hacéis el santo, fruta.

Es Dios verdad, que cuando dijo Pero Grullo, me pareció que le veía las alas:

— Huélgome de conocerte,—reliqué.—¿Qué tú eres el de las profecias que dicen de Pero Grullo?

— Á eso vengo,—dijo el profeta estantigua;—de eso hemos de tratar. Vosotros decís que mis profecias son disparates, y hacéis mucha burla de ellas. Estemos á cuentas; las profecias de Pero Grullo, que soy yo, dicen así:

Muchas cosas nos dejaron
las antiguas profecias;
dijeron que, en nuestros días,
será lo que Dios quisiere.

Pues, bribones, adormecidos en maldad, infames, si esta profecía se cumpliera, ¿había más que desear? Si fuera lo que Dios quiere, fuera siempre lo justo, lo bueno, lo santo; no fuera lo que quiere el diablo, el dinero y la codicia; pues hoy, lo menos es lo que Dios quiere, y lo más, lo que queremos nosotros contra su ley; y ahora el dinero es todos los querereres, porque él es querido y el que quiere, y no se hace sino lo que él quiere, y el dinero es el Narciso que se quiere á sí mismo y no tiene amor sino á sí. Prosigo:

Si lloviere, hará lodos;
y será cosa de ver
que nadie podrá correr
sin echar atrás los codos.

Hacedme merced de correr los codos adelante, y negadme que esto no es verdad. Diréis que de puro verdad es necesidad: ¡buen achaquito, hermanos vivos! La verdad decís que amarga; poca verdad decís que es mentira; muchas verdades, que es necesidad. ¿De qué manera ha de ser la verdad para que os agrade? Y sois tan necios que no habéis echado de ver que no es tan profecía de Pero Grullo como decís, pues hay quien corra echando los codos

adelante, que son los médicos cuando vuelven la mano atrás á recibir el dinero de la visita al despedirse, que toman el dinero corriendo, y corren como una mona al que se lo da porque le maten.

El que tuviere tendrá,
será casado el marido
y el perdido más perdido
quien menos guarde y más da.

Ya estás diciendo entre ti: ¿Qué Perogrullada es esta: el que tuviere tendrá? (replicó luégo); pues así es; que no tiene el que gana mucho, ni el que hereda mucho, ni el que recibe mucho; sólo tiene el que tiene y no gasta; y quien tiene poco, tiene; y si tiene dos pocos, tiene algo; y si tiene dos algos, más es; y si tiene dos mases, tiene mucho; y si tiene dos muchos, es rico; que el dinero (y llevaos esta doctrina de Pero Grullo) es como las mujeres, amigo de andar y que le manoseen y le obedezcan; enemigo de que le guarden; que se anda tras los que no lo merecen y al cabo deja á todos con dolor de sus almas, amigo de andar de casa en casa. Y para ver cuán ruín es el dinero (que no parece sino que ha sido cotorrerra), habéis de ver á cuán ruín gente le da el Señor, y en esto conoceréis lo que son los bienes de este mundo, en los dueños de ellos. Echad los ojos por esos mercaderes (si no es que estén ya allá, pues roban los ojos); mirad esos joyeros que, á persuasión de la locura, venden enredos resplandecientes y embustes de colores, donde se anegan los dotes de los recién casados. ¡Pues qué, si vais á la platería! no volveréis enteros. Allí cuesta la honra, y hay quien hace creer á un malaventurado se ciña su patrimonio al dedo, y no sintiendo los artejos el peso, están aullando en su casa. No trato de los pasteleros y sastres, ni de los roperos, que son sastres á Dios y á la ventura y ladrones á diablos y desgracia. Tras éstos se anda el dinero: ¿y no tendrá asco cualquier bien aliñado de costumbres y pulido de conciencia, de comuni-